

los conceptos de progreso y modernidad que provenían del Norte, como base sobre la cual afirmar la identidad y definir lo que significaba ser cubano. Buena parte de lo que pasó a ser cubano comenzó como norteamericano, y ciertamente dió ímpetu a las formas y cosas que de allí en adelante iban a compartir Cuba y Estados Unidos.

COMENTARIOS

Jeremy Adelman

El estudio de los orígenes de las identidades nacionales latinoamericanas se halla, de entrada, lleno de dificultades. Si bien las narrativas alguna vez reconfortantes de las luchas europeas y estadounidenses en pos de la autodefinición y la autodeterminación nacionales se ven ahora reducidas a gastadas copias de quienes en forma triunfalista las protagonizaron en el pasado, los latinoamericanos no podrían recurrir fácilmente a los relatos optimistas o carentes de ambigüedad para sus síntesis nacionales. Como persona ajena a la historiografía cubana, me parece que ningún otro país combina en mayor grado que Cuba las contradicciones internas y ambivalencias de este proceso.

Uno de los puntos de vista que ha prevalecido durante mucho tiempo sobre los orígenes de la identidad nacional cubana —que quizás encuentra su mejor ejemplificación en los trabajos de Jorge Ibarra— ha recalcado la lucha colectiva en pos de la liberación nacional

respecto a la dominación española.¹ Así, pues, el sentido de identidad brotó del reconocimiento de la diferencia con respecto a la España metropolitana, un acontecimiento en gran medida endógeno, que colocó a la Isla en postura de autodefensa contra su amo extranjero. Esta formulación guarda una gran semejanza con los relatos convencionales de *Zeitgeists* reprimidos que culminan, conforme al espíritu del tiempo, en episodios victoriosos de guerras de liberación nacional y de derrocamiento colonial. El hecho de que la lucha de Cuba terminara con su incorporación *de facto* a la órbita neocolonial norteamericana, no podía dejar de ser una fuente de dificultades para los historiadores nacionalistas —problema que se podría explicar mediante los relatos psicosociales sobre la forma en que las élites cubanas cedieron traicio-

¹ Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*. La Habana: 1972.

neramente ante las presiones de Estados Unidos.²

Pérez quiere cambiar la perspectiva de manera radical. En primer lugar, está dispuesto a aceptar que existen internamente conceptos ambivalentes del sujeto, no siempre definidos de manera correcta como oposición a algún "otro" abstracto (que en el siglo XIX era España). En este sentido, Pérez nos trae reminiscencias de Frantz Fanon, al ocuparse no sólo del proceso externo de explotación y humillación por parte de las potencias coloniales, sino también de las motivaciones cognitivas internas con el fin de objetivar el sujeto (y, conforme al punto de vista de Fanon, de falsear la identidad propia).³ En segundo lugar, no se trata aquí de un proceso autóctono o endógeno, sino que la cuestión se halla íntimamente vinculada con el exilio, el éxodo y la diáspora, aspecto que, tal como se prefigura el Nuevo Mundo, es un fenómeno especialmente caribeño. El hecho de que la vasta mayoría de los emigrados cubanos se trasladaran a Estados Unidos hace que el encuentro con el país huésped sea un componente decisivo del autorreconocimiento y de la redefinición. A diferencia de los relatos históricos más convencionales sobre la formación de la

identidad, para Cuba, tal como Pérez lo señala, la emigración fue un "crisol de la nación".⁴

Por definición, los cubanos que ahondaban en sus sentimientos de identidad propia se hallaban inmersos en una exploración de los significados de la modernidad, en especial tal como se la estaba representando y definiendo en el país huésped. Lo que los emigrados cubanos recogieron, sobre todo, fue una poderosa imagen de progreso, de cambio técnico, de acumulación y de goce sin trabas del excedente. Su diáspora coincidió con el primer auge consumista de Estados Unidos. Esta experiencia se convirtió en una línea de referencia sobre la cual se podían proyectar tanto el resentimiento propio de los exiliados cubanos contra la decadente autoridad española, como un estándar implícito para sus propios logros. En lugar de definirse en oposición a la modernidad norteamericana (como lo hicieron algunos escritores proto-nacionalistas de hispanoamérica, como Rodó, al abrazar el neohispanismo), los emigrados cubanos se consideraban a sí mismos como parte de un proyecto hemisférico; su sentido de la identidad se sumergía en un sentido idealizado y universalizado del otro. Y de esta fuente provenían los elementos del separatismo cubano, para el cual el

² Jorge Ibarra, *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*. La Habana: 1985.

³ Frantz Fanon, *Black Skin, White Masks*. Nueva York: 1967; Stuart Hall, "Caribbean identities", *New Left Review*, 209 (1995), pp. 3-14.

⁴ Esto también se examina en Louis A. Pérez Jr., *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*. Athens, Georgia: 1990, esp. pp. 65-73 y 77-81.

divorcio de España era condición esencial para obtener el triunfo nacional, sólo para caer en la órbita estadounidense.

La gran tragedia fue que este proyecto idealizado también se iba a convertir en la base de la frustración y la ansiedad del siglo XX, a medida que las expectativas chocaban con la realidad de la explotación material y del rechazo cultural de los estadounidenses. No resulta sorprendente que la búsqueda de la autodefinición nacional se haya redefinido tras la intervención norteamericana, como algo que quedó incompleto y truncado.

Al hacer de la formación de la identidad un proceso ambiguo y conformado de manera exógena, Pérez ha abierto nuevos cauces para el estudio de la cubanidad. No obstante, hay cuando menos dos aspectos de su enfoque que refuerzan su esfuerzo global, a la vez que lo complican, pero a los que en su presentación no se da expresión abierta. En primer lugar, existe un sorprendente grado de consenso — cuando menos entre los emigrados cubanos— por lo que toca al significado simbólico y al poder del “progreso” norteamericano. Ciertamente es que durante las tres últimas décadas del siglo XIX se presenció un cambio que no había tenido parangón, tanto en el plano material como en el cultural. Pero vale la pena tener presente que se trató igualmente de un período de impugnación furiosa —y sangrienta— respecto, precisamente, del cuál iría a ser la trayec-

toria futura de los Estados Unidos. Los trabajadores, los agricultores independientes y, en no menor grado, los ex-esclavos, luchaban todos por reconfigurar conceptos hegemónicos de ciudadanía y de los privilegios de la propiedad. Muchos de éstos, entre los cuales figuraba el movimiento de la Sindical de Obreros, forjaron vínculos con comunidades cubanas de Estados Unidos. Uno se pregunta entonces, de qué manera la intensamente combatida naturaleza del progreso se convirtió, entre los emigrados cubanos, en una cierta “lectura”, o interpretación particular del progreso norteamericano.

Mi segunda duda surge, en parte, de la primera. Del mismo modo que las panaceas norteamericanas de modernidad y de liberalidad consumista eran construcciones ficticias que envolvían un maquillaje social, por lo demás explosivo, uno se pregunta cuáles son las voces, en forma precisa, que están representadas en el estudio de Pérez. La apropiación e interpretación de los símbolos de la modernidad —y por ende, de los significados asociados con ella— dependen en gran medida del lugar en que uno se halle ubicado social y culturalmente. ¿Qué diferencia hay en que un emigrado cubano sea mujer u hombre, negro o blanco, trabajador fabril o un profesional? Ante las divisiones raciales, de clase y de género que existen dentro de la sociedad norteamericana, uno podría esperar que los cubanos hayan experimentado la

diáspora en una gran variedad de formas. Además, el corrosivo desacuerdo dentro de la comunidad cubana, que tan decisivo resultó para el derrumbamiento de la unidad del movimiento separatista una vez iniciada la guerra en 1895, y que Louis Pérez ha documentado en forma conmovedora en su estudio clásico *Cuba between Empires* (Pittsburgh, 1983), ciertamente sugiere hondas diferencias en cuanto a perspectiva y apreciación del enfoque separatista a la liberación nacional y al cambio social.

Si bien el proyecto emancipatorio cubano de finales del siglo XIX se hallaba estrechamente vinculado con un naciente sentido de la identidad propia, Pérez ofrece una alternativa importante a las descripciones simples y lineales de las inci-

pientes identidades nacionales forjadas al calor de las luchas coloniales contra un amo imperial. En el caso cubano, el sentimiento de singularidad nacional se encontraba repleto de ambigüedades, sin ser la menos importante de éstas el hecho de que las experiencias del exilio y la diáspora dejaran marcas tan indelebles entre los emigrados cubanos que llegaron a los Estados Unidos a defender la causa cubana de la separación de España. Y si era cierto que un modelo idealizado de los valores y progreso norteamericanos lucía cada vez más atractivo en la imaginación de los cubanos más exaltados, ¿acaso todos los separatistas eran del mismo parecer cuando se trataba de reflejar tales abstracciones en significados y aspiraciones particulares?